

# **Narcisismo y Psicología Social**

## **Narcissism and Social Psychology**

**Fernando Emanuel García Canizales**

**Universidad Autónoma Metropolitana – Unidad Xochimilco (México)**

**Resumen.** La inquietud principal de este artículo es aquella relacionada con la investigación en la psicología social influida por el psicoanálisis. La atención se centra en el concepto de *narcisismo*. La primera parte está dedicada a la revisión de algunos libros y artículos así como al uso dado al narcisismo en ellos. La segunda cuestiona, a partir de ciertos escritos freudianos, si otra interpretación del narcisismo es posible, al establecer estrecha relación entre narcisismo, el yo y el mecanismo psíquico de la identificación. El artículo concluye con dos ideas principales, enfatizando su potencia política: narcisismo podría no referirse a una unidad coherente sino a un proceso por el que el yo se constituye como un conglomerado de diferentes identificaciones parciales y, de acuerdo con esto, el yo no sería un ser independiente que interactúe con lo social, por el contrario, en sí mismo, el yo sería social.

**Palabras clave:** identificación, investigación, narcisismo, psicología social, yo.

**Abstract.** The principal concern of this article is the one regarding research in the social psychology influenced by psychoanalysis. The attention focuses on the psychoanalytic concept of “narcissism”. The first part is dedicated to the review of some books and articles as well as the meaning given to narcissism in them. The second part questions, from some Freudian papers, if another interpretation of narcissism is possible, establishing close relations between narcissism, ego and the psychic mechanism of identification. The article concludes with two principal thoughts, emphasizing its political potency: narcissism could not refer to a coherent unity but to a process from which the ego is constituted as an open

conglomerate of different and partial identifications and, according to this, the ego wouldn't be an independent being which interacts with the social as a whole, on the contrary, in itself, the ego would be social.

**Keywords:** ego, identification, narcissism, research, social psychology.

*And the pool answered: 'But I love Narcissus because, as he lay on my banks and looked down at me, in the mirror of his eyes I saw ever my own beauty mirrored'.*  
Oscar Wilde

*Quand je vous parle de moi, je vous parle de vous. Comment ne le sentez-vous pas ? Ah ! Insensé qui crois que je ne suis pas toi !* Victor Hugo

## Introducción

Los dos términos del título de este escrito obligan a ubicar desde ya de dónde parto. El narcisismo remite al psicoanálisis, por lo que este escrito trata sobre la psicología social y demás investigaciones sociales influidas por las reflexiones de Freud. Revisitaré algunos de esos escritos para extraer los usos que hacen del narcisismo y los posicionamientos que se desprenden de ello. Este ejercicio permitirá reconocer tres usos del narcisismo: 1) unidad coherente previa a lo social, 2) como categoría descriptiva, 3) sinónimo de arrogancia, egoísmo, soberbia.

En el segundo apartado construyo, revisando algunos escritos freudianos, una argumentación a favor de otro uso del narcisismo. Enfatizaré la distinción entre narcisismo primario y secundario, argumentaré una lectura del narcisismo en tanto proceso regular en la construcción del yo. Así, pretendo construir un argumento que muestre dos cosas: 1) que el narcisismo se encuentra estrechamente relacionado con el yo, 2) que ese mismo yo, a pesar de sus intenciones y de su función, está constituido por identificaciones *heterogéneas*.

Será inevitable abordar otros conceptos: el yo, la identificación, el ideal del yo (superyó), lo que complejiza el tema ya que cada uno cuenta con sus vericuetos. Se podría decir que el esclarecimiento tanto del narcisismo como de la identificación van de la mano: primero son usados laxamente, después son rigurosamente conceptualizados. Tales esclarecimientos se acompañan de una mayor atención dirigida al yo, a su construcción y función. En cuanto al ideal del yo, es importante considerar las diferentes modificaciones que llevó a cabo Freud dado que el paso de éste al superyó no es un mero cambio de nomenclatura sino que responde a las elaboraciones de dos momentos importantes en la conceptualización del narcisismo: la segunda tópica y la pulsión de muerte. Entonces, por

momentos parecerá que me alejo del tema lo que, a pesar de las dificultades expositivas, resultará inevitable.

Me resultó útil colocar una amplia cantidad de citas que, antes de pretender fidelidad a las palabras de las autoras y autores, responde a mis intenciones; de ahí que me refiera a este ejercicio como *construcción* de un argumento. Debo hacer explícito que al realizar esta relectura es completamente ajeno a mi intención asumir que habría “una única interpretación” de Freud y que mi revisión tendría por finalidad “descubrir”, “desenterrar” la “Verdad” del narcisismo oculta bajo interpretaciones despistadas. Por el contrario, al extraer citas de su contexto, el trabajo no es de búsqueda de una verdad sino, como escribí antes, de construcción activa de una argumentación. Por lo tanto, el objetivo de este escrito es abordar críticamente el uso del narcisismo que han hecho las investigaciones en psicología social y otras ciencias sociales, con intención de desbrozar posibilidades de interpretación con potencia política.

### **Algunas lecturas del narcisismo**

Dado que es imposible pretender una revisión exhaustiva de lo hasta ahora escrito, quisiera iniciar aclarando la selección de textos a revisar: decidí consultar los “más actuales”, entendiendo por ello no sólo aquellos de más reciente publicación sino también los que no han dejado de generar debates. Remitiría a Hernández (2023) y a Jappe (2019) para un recuento histórico.

El primer texto a revisar es de Fanon (1952). Al introducir la problemática a tratar, escribe:

El blanco está encerrado en su blancura.

El negro en su negrura.

Intentaremos determinar las tendencias de este doble narcisismo y las motivaciones a las que nos remiten (p. 9)

Se refiere al narcisismo como *doble* (uno del blanco, otro del negro), pero lo narcisista como tal estaría en el hecho de permanecer *encerrados en sí mismos*, se pretende dar cuenta de algo que se bastaría a sí mismo y que, sin necesariamente rechazar lo que le sería externo, entraría en diversas relaciones con ello en tanto unidad coherente.

Marcuse (1955), reflexionando sobre el “sentimiento oceánico”, evidencia la enorme relevancia de distinguir narcisismo primario y secundario. Sostiene que el narcisismo primario es un elemento constitutivo que coexiste con el “yo maduro volcado a la realidad” (p. 168, traducción mía). Este punto es relevante porque, como se verá, la noción del narcisista como quien proyecta su yo al conjunto de lo social será una importante tendencia en otros autores.

El libro de Lasch (1979), *La Cultura del Narcisismo*, contiene otra tendencia que se rencontrará muy comúnmente en reflexiones posteriores: aquella que hace del “yo narcisista” un ente previo a lo social pero en interacción con él; a todo su estudio subyace la dicotomía yo – sociedad: “Como efectúa el análisis intensivo de los casos individuales [...], el psicoanálisis nos dice algo acerca de los procesos internos de la sociedad en sí, por el acto mismo de volver la espalda a la sociedad y sumergirse en el inconsciente individual” (Lasch, 1979, p. 56). Por otro lado, para Lasch (1979) el narcisismo deja de ser un concepto para ser un *descriptivo*: “me había convencido de que el concepto de narcisismo servía para describir cierto tipo de personalidad que se estaba volviendo muy común en nuestra era” (p. 288); lo usa como adjetivo calificativo: “proyección narcisista de los impulsos agresivos” (p. 75), “ineptitud narcisista para identificarse con la posteridad” (misma página), “defensa narcisista ante la dependencia” (misma página). Estos dos puntos se tornan comprensibles al entender que Lasch fue más próximo del psicoanálisis de Melanie Klein que del de Freud: su exposición sobre la formación de la “personalidad narcisista” se basa en la dicotomía interior-exterior, a la muy temprana proyección de impulsos agresivos al mundo externo y la posterior interiorización de los mismos subyace la petición de principio de un existente *previo* a lo social.

Del Cueto y Fernández (1985), comentando el fenómeno de la ilusión grupal, escriben: “Desde el punto de vista *dinámico* toda situación de grupo entraña una amenaza de pérdida del yo. Existe riesgo de despedazamiento. La ilusión grupal trataría de preservar esta unidad yoica amenazada, afirmando: todos somos idénticos. Instaura de esta manera un narcisismo grupal” (p. 44, cursivas en el original). Piensan que las formaciones grupales parecen amenazantes porque conciben el yo como *unidad coherente*, de ahí el “riesgo de despedazamiento”, la *disgregación de la unidad*. Por ello la ilusión grupal a la que llaman, finalmente, “narcisismo grupal” haría las veces de un “yo extendido” en tanto unitario.

Desarrollando los cierres grupales, Baz & Zapata (2003) enfatizan las tensiones en sus contradictorias dimensiones: “lo individual y lo colectivo, el amor y el odio, las rivalidades, las dependencias y la búsqueda de autonomía y también el narcisismo confrontado con la relación social” (p. 53). Si bien aquí el narcisismo no se coloca explícitamente como protección contra lo social, se concibe como opuesto en tanto este se confrontaría con aquel. A diferencia del texto anterior, si bien aquí no aparece directamente lo unitario, se desprende del sentido de la frase: el narcisismo daría cuenta de un ente interactuando con lo social desde su cualidad de unidad previa y coherente.

Lowen (2014), por su parte, sostiene sin más que el narcisismo es una enfermedad: “El narcisismo es una enfermedad tanto psicológica como cultural. En el plano individual, denota un trastorno de la personalidad [...] Al actuar con frialdad, tienden a ser seductores y manipuladores, a

luchar por conseguir poder y control” (p. 8). Lowen suma la valoración moral al hacer de la arrogancia una característica inherente al narcisismo: “Esta arrogancia del ego se encuentra en todas las personalidades narcisistas, con independencia de que se produzcan fracasos o de la existencia de una baja autoestima” (p. 15). Ello es más evidente en el narcisismo como enfermedad cultural: “se puede entender el narcisismo como una pérdida de valores humanos” (p. 8). Afirma que únicamente el narcisismo secundario es relevante ya que el primario, según él, Freud lo concibió observando niños pequeños que “son capaces de verse sólo a sí mismos, de pensar sólo en sí mismos y de vivir sólo para sí mismos” (p. 20). Vilar (2019) reitera también tal valoración moral cuando, al discutir el rompimiento del encuadre<sup>1</sup> (en la entrevista grupal) por parte del grupo entrevistado, se posiciona a favor de tomarlo como algo a analizar y no como una “falla por reparar”; escribe: “Cabe mencionar que el EE [Equipo Entrevistador] debe actuar con humildad combatiendo el narcisismo” (p. 32).

Jappe (2019) caracteriza al narcisista como “alguien que se profesa una autoadmiración permanente y está preocupado sobre todo por su aspecto físico; alude a una persona que se pasa el tiempo pavoneándose delante del espejo o intentando atraer las miradas” (pp. 86-87). También distingue narcisismo primario y secundario: el primero es “normal e indispensable” mientras que el secundario “es una tentativa patológica de negar, o de revocar, la salida del narcisismo primario” (p. 107). Un señalamiento interesante es que, dice, el “perverso narcisista” es el sujeto ideal para el capitalismo: “exacerbación de la competencia, frialdad, egoísmo no solo en el trabajo, sino también en el marco familiar, falta de empatía” (p. 153). Concluye que lo específico de la personalidad narcisista es la indistinción entre el yo y el mundo: al no convencerse de la existencia real y efectiva del mundo externo aparenta fuerza pero, a decir de Jappe (2020), es ciertamente débil porque es de lo que carece<sup>2</sup> (“*is wordless*”, p. 172).

Escribe Vázquez (2021) sobre un periodo de la vida de su ficticio autor<sup>3</sup>: “El giro hacia sí se plegó sobre el exceso de valía al mundo personal. La expansión de la introversión eclosionó hasta el umbral narcisista, construyendo a un sujeto para el que solo le interesaba sí mismo. Esto acarreaba un deseo desmesurado por idolatría” (p. 301). Si bien Vázquez se refiere más que a narcisismo en tanto tal a “umbral” narcisista, está escrito en clave *autorreferencial*: el mundo personal, la

---

<sup>1</sup> De manera general, el conjunto de reglas acordadas entre el equipo entrevistador y el grupo entrevistado al inicio de las entrevistas grupales.

<sup>2</sup> Es en esta característica que Jappe (2019, 2020) entrelaza narcisismo y fetichismo de la mercancía.

<sup>3</sup> Como nota aclaratoria al artículo, escribe: “El texto es una reflexión fundada en un experimento de una línea de fuga entre el reporte científico y la ficción” (asterisco en la página 296).

introversión, el interés único por sí mismo y el deseo de idolatría; ello en relación de significación con el umbral narcisista.

Los fragmentos anteriores, dispares en sus coordenadas temporales y espaciales, asumen la influencia del psicoanálisis. El uso que hacen del narcisismo se puede resumir en que les sirve para describir un existente previo a lo social pero en interacción con él, cuya particularidad sería la auto-referencialidad, desde donde dan el paso a la valoración axiológica. En el apartado siguiente rastrearé otra interpretación del narcisismo, esperando desbrozar otras aproximaciones y, con ellas, otras posibilidades con potencia política para la investigación.

### **Otra (posible) lectura del narcisismo**

La cantidad de artículos en los que Freud se ocupa del narcisismo es vasta, y ya que mi intención es problematizar y con ello argumentar otra interpretación, renuncio a cualquier pretensión de revisión exhaustiva. Sin embargo, no está de más escribir que, aunque su introducción explícita en la teoría data de 1914, se le menciona ya en 1910, en el artículo dedicado a Leonardo da Vinci (Freud, 1910). Dado que la obra de Freud se construyó durante largos años, pienso que una revisión cronológica será de utilidad para mostrar los cambios de perspectiva, así como sus complejidades.

Si bien los *Tres Ensayos de Teoría Sexual* (Freud, 1905) fueron publicados originalmente en 1905, los primeros agregados sobre el narcisismo datan de 1910. En ese momento Freud reflexionaba sobre *un tipo* de homosexualidad masculina (y no a la generalidad de esta): “se identificaron con la mujer y se tomaron a sí mismos como objeto sexual, vale decir, a partir del narcisismo buscaron hombres jóvenes, y parecidos a su propia persona, que debían amarlos como la madre los había amado” (p. 132). Este pasaje es similar a otro que se encuentra en el estudio sobre Leonardo da Vinci, donde Freud (1910) agrega que la identificación con la madre es facilitada por la represión de las tendencias sexuales hacia ella; y un poco más adelante: “los muchachos a quienes ama ahora, ya crecido, no son sino personas sustitutivas y nuevas versiones de su propia persona infantil, y los ama como la madre lo amó a él de niño” (p. 93). Aquí, el narcisismo da cuenta del *vínculo* con las parejas sexuales.

Es relevante que en el fragmento de los *Tres Ensayos...*, Freud (1905) escribe que en el narcisismo el homosexual se coloca en posición *ser amado*, mientras que en el estudio sobre Leonardo es lo contrario, el homosexual, identificado con la madre, *ama* a su pareja. Indicación aún más relevante es que es imprescindible el papel del *tercero*, la madre: el homosexual ¿toma el lugar de su madre al amar a otros como ella lo amó a él o bien, coloca a sus parejas en el lugar de su madre para ser amado como en su infancia? Esta “direccionalidad” es importante, como muestra

el amplio apartado que Freud dedica a las dos modalidades de amor en *Introducción del Narcisismo* (Freud, 1914), pero también por el papel jugado por la *identificación*: en el primer caso el homosexual se identifica con su madre, lo que no ocurre en el segundo. Comentaré más adelante los agregados de 1915 a los *Tres Ensayos...* dado que para ese entonces ya había sido publicada la *Introducción del Narcisismo* (Freud, 1914). Antes, comentaré otro texto clave, *Puntualizaciones Psicoanalíticas Sobre un Caso de Demencia Paranoide* (Freud, 1911).

En él Freud introduce las psicosis como otra vía importante por la que construyó el concepto de narcisismo. Freud (1911) lo describe como momento intermedio entre autoerotismo y amor de objeto: el autoerotismo involucra no más que *una parte* del cuerpo, por lo que lo característico del narcisismo es que “sintetiza en una *unidad sus pulsiones sexuales de actividad autoerótica*, para ganar un objeto de amor se toma primero a sí mismo, *a su cuerpo propio*, antes de pasar de este a la elección de objeto” (p. 56, resaltado mío). El contraste está entre lo *parcial* y la *síntesis unitaria*, pero por unidad se refiere a la síntesis *de las pulsiones parciales*, para investir al cuerpo y no a una sola parte de este. Ahora bien, el delirio de grandeza del paranoico se debería a que la libido se encontraría contenida en el yo. Entonces, el autoerotismo es parcial y el narcisismo una suerte de primera aproximación unitaria del vivenciar caótico del cuerpo: aquí ya se anuncia el intento de conceptualización del yo<sup>4</sup> vía el narcisismo.

En *Introducción del Narcisismo*, Freud (1914) retoma lo aprendido gracias a la autobiografía de Schreber. Anteriormente, usaba el narcisismo para referir fenómenos “excepcionales”, más bien *restringidos* (*un tipo* de homosexualidad masculina, y *algunos* fenómenos de la psicosis: el delirio de grandeza). No demora en trazar la distinción entre las “neurosis de transferencia” de lo que denomina en ese entonces “parafrenias”: en las primeras la libido conserva la investidura de objeto, en las segundas la investidura se retira y regresa al yo. Tales reflexiones llevan a Freud (1914) a la distinción fundamental entre *narcisismo primario* y *narcisismo secundario*. El primario es aquel del que escribió en el estudio sobre Leonardo da Vinci, en los agregados de 1910 a los *Tres Ensayos...* y en el caso Schreber: esa *etapa* intermedia entre autoerotismo e investidura de objeto. Mientras que el secundario es aquel *proceso* donde las investiduras abandonan al objeto para regresar al yo. Freud (1914), pensando en el *primario*, dirá que el narcisismo es un fenómeno *regular*. Esta generalización, si bien apoya su concepción del delirio de grandeza, deja mal parada su hipótesis precedente sobre uno de los tipos de

---

<sup>4</sup> Esto es, por supuesto, convencional. Habrá quien afirme que ello se venía gestando desde el *Proyecto de Psicología* (Freud, 1895). Sin embargo, se le podría contraponer que Freud no gestó las reflexiones vertidas en ese texto mientras lo escribía, por lo que bien se podría ir aún más atrás en el intento de rastrear el “inicio” de sus elaboraciones sobre el yo lo que, siguiendo esta lógica, haría superflua la tarea.

homosexualidad masculina. “El narcisismo, en este sentido, no sería una perversión, sino el complemento libidinoso del egoísmo inherente a la pulsión de autoconservación” (Freud, 1914, p. 71-72). Pienso que cabe interpretar estas palabras como una manera enfática de colocar el narcisismo primario como etapa regular.

Sin embargo, Freud (1914) acepta que el narcisismo primario es prácticamente inaccesible a la investigación psicoanalítica, y que su valor radica en que es una conjetura imprescindible: *el yo no nace con el organismo, es necesario que se construya*. Freud (1914) se pregunta: si durante el narcisismo primario grandes montos de libido se conjuntaron en el yo, ¿qué sucedió con ello? Alguna cantidad debió mantenerse constante en el yo, por lo que cabe la pregunta por el destino de los grandes montos libidinales causa del delirio de grandeza: ese monto da origen a una “instancia especial” en el yo y cuya función es la *crítica*, demostrando así su origen en el narcisismo primario: se refiere a el ideal *del yo*: “El desarrollo del yo consiste en un distanciamiento respecto del narcisismo primario y engendra una intensa aspiración a recobrarlo. Este distanciamiento acontece por medio del desplazamiento de la libido a un ideal del yo impuesto desde fuera; la satisfacción se obtiene mediante el cumplimiento de este ideal” (Freud, 1914, p. 96).

Se complican las cosas cuando Freud (1914) realiza una breve anotación sobre las relaciones entre el ideal del yo y lo que llama en este contexto “ideal sexual”:

El ideal sexual puede entrar en una interesante relación auxiliar con el ideal del yo. Donde la *satisfacción narcisista* tropieza con impedimentos reales, el ideal sexual puede ser usado como satisfacción sustitutiva. Entonces, se ama, siguiendo el tipo de elección narcisista de objeto, lo que uno fue y ha perdido, o lo que posee los méritos que uno no tiene (Freud, 1914, p. 97, resaltado mío).

Me permití resaltar lo referente a la satisfacción narcisista ya que da la impresión que Freud deja fuera de la fórmula al yo: por un lado está el ideal sexual, por el otro el ideal del yo. La satisfacción sería posibilitada por el ideal cuando el yo se encuentra próximo a él; sin embargo, cuando ello no es así el yo puede encontrar satisfacción vía el objeto investido pero con la condición de que éste se encuentre bajo la modalidad de la *elección narcisista de objeto* (de ahí que se le llame *ideal sexual*). Es, por así decir, una satisfacción por medio de otro en tanto este otro fue elegido de manera narcisista. Entonces, aunque da la impresión que el yo está ausente en esta operación, es su presencia en todos los elementos involucrados (narcisismo primario e ideal del yo; ideal sexual y elección narcisista de objeto) la que la hace posible. Y, con todo, la caracterización de “narcisista” se ubica no en el yo, sino en el ideal y en el objeto.

Freud (1914) recuerda que muy pronto estableció una oposición entre las inclinaciones sexuales de la libido y los mandatos culturales y

éticos, señalando que la obediencia ética no partía de algún tipo de “aprehensión intelectual” del mandato sino que estaba estrechamente relacionada con el heredero del narcisismo primario, con el ideal del yo: “La formación del ideal sería, de parte del yo, la condición de la represión” (Freud, 1914, p. 90) en tanto, como quedó establecido anteriormente, el ideal le viene al yo “desde fuera”.

La pertinencia de concebir un narcisismo *secundario* está en la enfermedad orgánica y la hipocondría, a las que distingue en función de la presencia o no de daño orgánico (Freud, 1914). Si en ambas se trata del retiro de la libido del objeto y su regreso *a una parte* del cuerpo (lo que apunta a lo parcial más que a lo total), en ninguna hay delirio de grandeza, lo que empieza a mostrar la utilidad de la distinción entre narcisismo primario y secundario.

Es momento de retomar un señalamiento que dejé pendiente al inicio de este apartado, a saber, la diferencia entre *amar* y *ser amado*. Freud (1914) distingue dos tipos de enamoramiento: por *apuntalamiento* y *narcisista*. El primero se apoya en satisfacciones previas, por lo que su ejemplo más representativo es el amor por las figuras nutricias y protectoras. También están quienes “se buscan a sí mismos como objeto de amor, exhiben el tipo de elección de objeto que ha de llamarse *narcisista*” (Freud, 1914, p. 85, cursivas en el original). Podría parecer una contradicción, tomando en cuenta los desarrollos precedentes acerca de la oposición *económica y tópica* entre investidura de objeto y narcisismo: ¿acaso el narcisismo no se produce mediante la concentración de libido en el yo en perjuicio de las investiduras de objeto? No. Si Freud escribe que hay un tipo de *elección de objeto* llamada *narcisista* es porque está pensando en el *narcisismo secundario* y no en el primario. Por mi parte, enfatizaría una característica más a manera de distinción, a saber, la diferencia entre *etapa* (narcisismo primario) y *proceso* (narcisismo secundario). El enamoramiento narcisista se concibe como proceso: una investidura de objeto acorde con lo que alguna vez fue el yo, lo que le gustaría ser o de lo que carece. Lo que quisiera resaltar es que *no hay exclusión entre narcisismo secundario e investidura de objeto*.

Me permito recordar que Freud (1905), en un agregado de 1915 a los *Tres Ensayos...*, equipara sin más narcisismo y yo: “libido narcisista o libido yoica” (Freud, 1905, p. 199). Otro breve pasaje sobre el enamoramiento narcisista agregado en el mismo año al mismo escrito, dice: “busca al yo propio y lo reencuentra en otros” (Freud, 1905, p. 203); al referirse a un reencuentro se trata del narcisismo secundario, y al mencionar a otros, del vínculo. Hasta aquí se ha visto que el narcisismo *regular* es el primario, mientras que el secundario aún es concebido como un proceso de estados excepcionales (un tipo de homosexualidad masculina, una modalidad de amor, el delirio de grandeza, la enfermedad orgánica y la hipocondría). Pues bien, algunos años después Freud

sostendrá que el narcisismo secundario es también una regularidad, reflexión que, sin llegar aún a tal conclusión, inicia en *Duelo y Melancolía* (Freud, 1917).

Un señalamiento importante es que *Duelo y Melancolía*, si bien fue publicado en 1917, la idea surgió en 1914 y para 1915 Freud ya tenía listo un primer borrador<sup>5</sup>. Es decir, es contemporáneo tanto de la *Introducción del Narcisismo* como de los agregados de 1915 a los *Tres Ensayos...* Con la intención de marcar enfáticamente la distinción entre narcisismo primario y secundario, así como las “expresiones fenoménicas” que son propias de cada uno, es menester escribir que en *Duelo y Melancolía* Freud (1917) concibe la melancolía como narcisista. Con lo anterior en cuenta comentaré, entreteniendo lo señalado en *Introducción del Narcisismo*, el “sentimiento de sí”, en tanto este distingue fundamentalmente duelo y melancolía.

Muy acorde con la oposición expuesta en la *Introducción...* (Freud, 1914) entre la libido del yo y la libido de objeto, Freud afirma que los fenómenos narcisistas se ven acompañados de un extrañamiento del mundo exterior (no debe pasarse por alto la modalidad narcisista del enamoramiento, a lo que regresaré). En *Duelo y Melancolía*, Freud (1917) aún sostiene dicho extrañamiento del mundo exterior para la melancolía. En lo referente al sentimiento de sí, en la *Introducción...* lo había hecho depender, precisamente, del narcisismo; mientras que en la melancolía se ve empobrecido: “En el duelo, el mundo se ha hecho pobre y vacío; en la melancolía, eso le ocurre al yo mismo” (Freud, 1917, p. 243), lo que obliga a problematizar de manera importante lo desarrollado en la *Introducción...*: ¿cómo una investidura de libido en el yo produce un rebajamiento del sentimiento de sí? Una posible vía, me parece, está una vez más en la distinción entre narcisismo primario y secundario y, con ella, la distinción entre el narcisismo como etapa y el narcisismo como proceso. En *Duelo y Melancolía* (Freud, 1917) hay un fragmento más que problematiza directamente otra indicación suya anterior: se recordará que en la *Introducción...*, Freud (1914) escribió que el narcisismo era la contraparte libidinal del egoísmo de la pulsión de autoconservación; muy por el contrario y en abierta oposición, en la melancolía ese egoísmo no está en ningún lado: “un desfallecimiento, en extremo asombroso psicológicamente, de la pulsión que compele a todos los seres vivos a aferrarse a la vida” (Freud, 1917, p. 244).

Freud (1917) describe el duelo como ese largo proceso de desasimiento de la libido del objeto en la fantasía, de sus representaciones y los enlaces mnémicos relacionados con él, posterior a lo cual la libido busca un nuevo objeto para investir. Lo que ocurre en la melancolía sería un mecanismo *excepcional* que depende de la *cualidad* de la investidura:

---

<sup>5</sup> La *Introducción* de Strachey a *Duelo y Melancolía*, en la edición de Amorrortu de las *Obras Completas*.

*poco resistente y al mismo tiempo muy enérgica*, lo que se concilia finalmente por el hecho de que *la elección de objeto ha sido realizada en la modalidad narcisista*. Por ello, al desasirse del objeto no busca uno nuevo, regresa al yo. Ahora bien, tal retorno no ocurre sin más sino que da origen a una *identificación* con el objeto resignado, *modificando al yo* a la manera del objeto. El yo del melancólico es entonces sojuzgado por el ideal del yo *como si él mismo fuera el objeto*. En la melancolía: “se tiene en la mano la clave del cuadro clínico si se disciernen los autorreproches como reproches contra un objeto de amor, que desde este han rebotado sobre el yo propio” (Freud, 1917, p. 246). Podrá parecer enredado, quizá contradictorio, lo que bien podría ser consecuencia de los múltiples caminos que toma Freud para tratar de hacer operativo el narcisismo en psicoanálisis. Sin embargo, todas estas vías apuntan al yo, y el medio no es sino el mecanismo psíquico de la *identificación*, tal como será patente en *Psicología de las Masas y Análisis del Yo* (Freud, 1921). La constelación “narcisismo-yo-identificación” se estrecha.

En *Psicología de las Masas y Análisis del Yo*, vía la identificación, Freud (1921) conceptualiza más rigurosamente al yo. En este escrito las funciones del ideal del yo (nacido del narcisismo primario) son la observación de sí, la conciencia moral, la censura onírica y la principal influencia en la represión. Freud (1921) escribe “Digamos, simplemente: [el yo] toma al padre como su ideal” (p. 99), manera tajante de enfatizar lo que había dicho ya, que el ideal del yo viene del exterior: el narcisismo primario está inmerso desde el inicio en vínculos diversos. No es casual, por ello, el título que da Freud a este escrito, colocando el yo y las masas en relación de conjunción, no de exclusión. Es aquí donde Freud escribe que la identificación es también, como la elección de objeto, un tipo de vínculo: la identificación es un vínculo desde el *ser*, la investidura de objeto desde el *tener*. La primera da cuenta de una modificación en el yo (narcisismo secundario); la investidura es *tener* al objeto para satisfacerse con él. Es por demás relevante hacer explícito que, para Freud (1921), *la identificación nunca es total*, sino “limitada en grado sumo, pues toma prestado un único rasgo de la persona objeto” (p. 101). Más adelante extraeré las consecuencias, fundamentales para la argumentación que construyo, de ello.

“En la ceguera del amor, uno se convierte en criminal sin remordimientos. La situación puede resumirse cabalmente en una fórmula: *El objeto se ha puesto en el lugar del ideal del yo*” (Freud, 1921, p. 107, cursivas en el original). Aquí, Freud intenta distinguir identificación de enamoramiento, su primera tentativa es mediante lo *económico*, que conlleva la lógica de lo mutuamente excluyente: cuando el yo se enriquece, el objeto se empobrece, y viceversa. Freud rectifica en seguida. La cuestión no se zanja con lo económico, sino con la *tópica*: la distinción entre identificación y enamoramiento radica en “*que el objeto se ponga en el lugar del yo o en el del ideal del yo*” (Freud, 1921, p. 108, cursivas en el

original). Una vez más, aquí se trata de la distinción fundamental entre narcisismo primario (en tanto el ideal del yo es su heredero) y narcisismo secundario (modificación del yo).

Uno de los últimos escritos que revisaré será *El Yo y el Ello* (Freud, 1923), no porque después no aparezcan señalamientos importantes, sino porque en este texto se establece la *segunda tópica*, en la que la conceptualización del yo tiene un papel crucial. Como se recordará, al inicio hice explícito que mi exposición entrelazaría las vicisitudes del narcisismo, de la identificación y las del yo; es en *El Yo y el Ello* donde esos tres conceptos encuentran, en la obra de Freud, su riguroso enlace.

Freud (1914) concibió el narcisismo primario como una “etapa” regular de la libido, pero consideraba el narcisismo secundario como un proceso excepcional. En *Duelo y Melancolía* (1917) sostiene aún dicho juicio, a la vez que expone el mecanismo del narcisismo secundario. Pues bien, en *El Yo y el Ello* (Freud, 1923) asume que dicho mecanismo es común, en general<sup>6</sup>, a la conformación del yo: “Habíamos logrado esclarecer el sufrimiento doloroso de la melancolía mediante el supuesto de que un objeto perdido se vuelve a erigir en el yo, vale decir, una investidura de objeto es relevada por una identificación [...] Desde entonces hemos comprendido que tal sustitución participa en considerable medida en la conformación del yo” (Freud, 1923, p. 30). Es en *El Yo y el Ello* que Freud (1923) afirma que el narcisismo secundario, como el primario, es un fenómeno psíquico regular.

Al conceptualizar más rigurosamente al yo, Freud (1923) realiza modificaciones importantes, entre ellas que, sin dejar de considerar al ideal del yo/superyó como una parte especial del yo, ahora tendrá su origen en identificaciones *inmediatas* (sin mediación de investidura *libidinal*); también obtendrá su fuerza imperativa de la pulsión de muerte, dejando de ser el heredero del narcisismo primario. La primera observación resulta relevante: Freud (1914) había escrito que el narcisismo primario era la contraparte *libidinal* del egoísmo inherente a la autoconservación, esto a su vez en relación con el apuntalamiento de las pulsiones *sexuales* en las necesidades de autoconservación (alimentación y aseo). Aquí es evidente que Freud *amplía la distancia entre el yo y la libido*<sup>7</sup>.

Para seguir la argumentación, se debe tener en cuenta que en *El Yo y el Ello*, Freud (1923) enmienda su anterior formulación sobre el “depositario” de la libido: sostenía que la libido estaba contenida en el yo, y de ahí era dirigida a los objetos. Freud corregirá: no es el yo el gran depositario de la libido, sino el ello, dejando abierta la pregunta de cómo el

<sup>6</sup> Deberá especificar lo propio de la formación del ideal del yo.

<sup>7</sup> También patente en la descripción de la sublimación, posibilitada gracias a que la libido es retrotraída al yo mediante el narcisismo secundario, se *desexualiza* en este proceso y es lanzada de nuevo a los objetos que devendrán así culturalmente valiosos.

yo se haría de libido, resolviéndolo mediante el narcisismo secundario en tanto proceso psíquico *regular*: “Cuando el yo cobra los rasgos del objeto, por así decir se impone él mismo al ello como objeto de amor, busca repararle su pérdida diciéndole: «Mira, puedes amarme también a mí; soy tan parecido al objeto...»” (Freud, 1923, p. 32, puntos suspensivos en el original). Sin embargo, no se debe pasar por alto que Freud conservó siempre el estatus de “irresuelto” en cuanto al por qué una investidura de objeto se transmudaría en una identificación. La conjetura que ha pasado a ser la “oficial” es la de la cita precedente.

Espero haber establecido rigurosamente la relación entre narcisismo, yo e identificación, que se resumiría así: el yo no es un dato primero, sino una construcción *en lo social*. La presencia de otros es, así, indispensable; otorgan satisfacción a los apremios de la vida, pero también van reglando, instituyendo ciertas formas sociales por las que ellos mismos se encuentran atravesados. El superyó *ordena* (en el doble sentido de la palabra) las investiduras de objeto. Cuando una satisfacción es estorbada, en el intento de evitar el displacer que produciría continuar con la investidura de objeto, el yo se identifica con este último en algún rasgo particular (no con la totalidad) para atraer la libido hacia sí por medio del narcisismo secundario. Lo que quisiera resaltar mediante este esquemático resumen es que, una vez establecido que la identificación es un vínculo desde la modalidad del *ser*, nada obliga ni norma que las identificaciones de las que está construido el yo deban ser coherentes entre sí; es común que existan “conflictos entre las diferentes identificaciones en que el yo se separa, conflictos que, después de todo, no pueden calificarse enteramente de patológicos” (Freud, 1923, p. 32), lo que permite problematizar el yo como “unidad coherente”.

Aún quisiera agregar algunos comentarios sobre el llamado “narcisismo de las pequeñas diferencias” en tanto es un claro señalamiento de, por así decir, un fenómeno narcisista *colectivo*. Me permito citar ampliamente un par de fragmentos; primero de *El Tabú de la Virginidad* (Freud, 1918):

en sus pequeñas diferencias, no obstante su semejanza en todo el resto, se fundamentan los sentimientos de ajenidad y hostilidad entre ellos. Sería seductor ceder a esta idea y derivar de ese «narcisismo de las pequeñas diferencias» la hostilidad que en todos los vínculos humanos vemos batallar con éxito contra los sentimientos solidarios y yugular al mandamiento de amar al prójimo (p. 195)

Ahora, un fragmento de *El Malestar en la Cultura* (Freud, 1930):

Siempre es posible ligar en el amor a una multitud mayor de seres humanos, con tal que otros queden fuera para manifestarles la agresión. En una ocasión me ocupé del fenómeno de que justamente comunidades vecinas, y aun muy próximas en todos los aspectos, se hostilizan y escarnecen: así, españoles y portugueses, alemanes del Norte y del Sur, ingleses y escoceses, etc. Le di el nombre de

«narcisismo de las pequeñas diferencias», que no aclara mucho las cosas. (p. 111)

Quisiera enfatizar lo *pequeño* de las diferencias, que indica dos cosas: 1) la identificación se produce en un solo rasgo, de lo que se concluye que 2) las identificaciones de las que está formado el yo son múltiples y heterogéneas.

### Reflexiones Finales

Es imposible, debido al espacio, indicar la totalidad de las vías que sugiere el recorrido precedente. Por lo tanto, y teniendo en cuenta por un lado la relevancia de reflexionar sobre el narcisismo en psicología social y por el otro la estrecha relación entre narcisismo, identificación y yo, expongo no más que tres de las reflexiones obtenidas: 1) el narcisismo secundario indica que el yo *no es* una unidad coherente, 2) el yo no es un ente previo a lo social, 3) narcisismo no es sinónimo de egoísmo o soberbia. Si las identificaciones de las que está conformado el yo son parciales y heterogéneas, la unidad coherente es pretensión siempre fallida (pero no por eso menos buscada o intentada). Entonces, el yo es producto de procesos que desconoce y que, más que estar en un “ambiente” o “contexto” social que le sería “externo” y que gracias a la interacción con él se desarrollaría (lo que haría del yo un dato primero), él mismo es social (porque debe formarse).

Los textos revisados en el primer apartado reiteran la dicotomía “individuo – sociedad” debido al énfasis colocado en la etapa preedípica propia del psicoanálisis kleiniano así como por la omisión del estudio crítico del devenir del narcisismo secundario en Freud. La dicotomía persiste con variaciones: el yo se opone a lo social velando por sus intereses, o debido a una confusión primera (por corregir) el mundo se considera una extensión del yo. Eh aquí una justificación del uso ya no de interacción, sino de *vínculo*: la primera se da entre dos o más elementos claramente diferenciados entre sí; mientras que cuando de vínculo se trata, ya no se sabe dónde empieza uno y dónde termina el otro (patente en el reproche melancólico). El narcisismo, según la argumentación que sustento, muestra que *el yo es un conjunto abierto a identificaciones múltiples, heterogéneas y contradictorias*. Pienso en la pintura de Picasso de 1932, *Mujer Ante Espejo*: ella muestra un *cuerpo* constituido por elementos que no “combinan” entre sí, más llamativo es que la imagen que refleja el espejo es, a su vez, diferente de aquella que vemos sobre sí misma. Esto último es característica de lo social mismo (múltiple, heterogéneo, contradictorio), por lo que el narcisismo como proceso permite aproximarnos a la *producción* de subjetividades con las mismas características.

La noción axiológica del narcisismo podría sostenerse en algunos pasajes de *Introducción del Narcisismo*, pero ya *Duelo y Melancolía* obliga a reconsiderarla. Una de las vías privilegiadas es el sentimiento de sí que Freud hace depender, primero, de los montos de libido en el yo para sorprenderse después del rebajamiento de dicho sentimiento de sí en la melancolía. Hacía falta aún elaborar rigurosamente la *identificación*, tan distinta de la “interiorización” y su necesaria presuposición de un ente previo a lo social, tan socorrida por otros autores.

Una de las características del yo es el esfuerzo a la unidad, a la coherencia consigo mismo. Al abordar fenómenos sociales es necesario no ser cómplices de los discursos y prácticas del yo para hacerse pasar por unidad sin fracturas ya que ello llevaría a concebirlo como unidad coherente en “interacción” con lo social. Tener presente el proceso de construcción del yo nos hace capaces de transformar la pregunta “¿cómo lidia con cierta problemática?” por la más pertinente “¿qué elementos de la historia social e institucional se hacen presentes en el decir?”. Tomarlo en consideración es problematizar la noción de *identidad* y evitar caer en valoraciones jerárquicas desprendidas de las lógicas de la diferencia, tan pertinentemente criticadas por Fernández (2007). Pero también permite problematizar las reiteradas afirmaciones (Jappe, 2019, 2020; Lasch, 1979; Lowen, 2014) sobre la presencia cada vez más común de “personalidades narcisistas”: es por ello que Lasch (1979) afirma haberse visto obligado a salir de lo edípico-familiar para abordar lo social y cultural. El narcisismo secundario muestra que, en Freud, lo “familiar-edípico” y lo “sociocultural” no son esferas cerradas. Además, en relación con la pertinente crítica que realiza de Vos (2010) al uso “meta-psicológico<sup>8</sup>” del psicoanálisis kleiniano por Lasch, debe considerarse que al difundirse el psicoanálisis (con las características que tomó en EEUU) generó un “encargo social” de “atención psicológica”.

Vale la pena retomar a Assoun (2003). Me permito citar en amplio:

no han dejado de preocuparse por “actualizar” el freudismo, “relooker”, poner acento en lo que, sin llegar a procesos inconscientes, remitiría a modos de “insabido” más débiles; más allá de la resistencia, en su contenido conflictual, en lo que sería estancamiento [...] y de este lado de la represión, de modos de evitación; en fin, no dejan de proclamar que el analista es asediado por sujetos que, verdaderamente, no pueden darse el lujo de entrar en un registro de la represión y presentan patologías no francas, vasta cohorte de las “patologías narcisistas” y de las “enfermedades del yo” (que abren nuevos fondos de comercio idóneos para el malestar de la civilización ambiente). Todo esto, que agita cuestiones de un innegable interés clínico, se aprovecha para volver de este lado de los logros freudianos, volver a pasar el “paso del vado”

---

<sup>8</sup> Se entiende que esto debe colocarse en la crítica de Lasch a la “cultura de la política psicológica” y no en el sentido de la metapsicología freudiana.

decisivamente atravesado gracias al Schibboleth freudiano. (pp. 16-17, cursivas en el original).

En este sentido, también de acuerdo con de Vos (2010), se visibiliza el conservadurismo de la tradición iniciada con Lasch. Al usar el narcisismo como descriptivo, pierde la potencia crítica analítica que tenía en Freud, y *toda potencia crítica se traduce en práctica política*: “instituido el *borderline* – lo que le agrada al imaginario social que tolera la diferencia con la condición de fijarla como estatus- se restablecen todas las confusiones entre ‘fenomenología’ -descripción de los síntomas- y ‘metapsicología’ -en términos de causalidad psíquica. De allí el florecimiento de los ‘síndromes’ y la reactivación de los conceptos más clínicamente estériles -como los de ‘personalidad’” (Assoun, 2003, p. 19, cursivas en el original). Zizek (2016) se aproxima a Assoun dado que reconduce el “borderline” a la histeria, si bien en clave lacaniana (rechazo del saber del Otro, por lo tanto rebelión del sujeto antes que su desaparición).

Este uso descriptivo del narcisismo, del que se desprende un existente previo en interacción con lo social, se aproxima enormemente a la noción de “individuo” nacida de la filosofía política liberal (Casanova, 2011), introduciéndolo en dichas lógicas, neutralizando su potencia crítica. El ejemplo extremo es Lowen (2014) para quien “Una sociedad [que él califica de narcisista] que sacrifica su medio natural para obtener dinero y poder, no tiene sensibilidad para las necesidades humanas” (p.8), abriendo el riesgo de moralizar una cuestión estructural del capitalismo (lo que desde ya debería ponernos a la defensiva de la muy en boga apelación a la “dignidad”). La carencia de potencia política es evidente en su práctica clínica: “con pacientes narcisistas mi tratamiento se basa en ayudarlos a volver a conectar con su propio cuerpo, a recuperar los sentimientos perdidos y a recobrar la humanidad” (p. 9). Entonces, el argumento por mí sostenido pareciera oponer narcisismo e individuo; y así es. La noción de individuo se fundamenta en la noción de propiedad (Casanova, 2011) y, con ella, los ideales de felicidad personal y privacidad (Fernández, 1989), asumiendo una unidad coherente consigo misma en interacción con lo social pero sin *con-fundirse* en él. ¿Del argumento que presento se desprende que nada puede considerarse “propio”? No, si por “propio” se remite a “propiedad” (en el sentido mencionado).

Sobre ello, no puedo sino ser breve: 1) el yo no es el sujeto, la subjetividad no se reduce al yo y a sus fenómenos (lo que se da por hecho al referir a la “personalidad”); *identificación no es identidad* (toda práctica clínica lo muestra abundantemente). 2) Es necesario distinguir “individualidad” de *particularidad* y de *singularidad*. Si el yo se conforma de identificaciones parciales, es un conglomerado de las *historias* de amor que ha vivido; la *particularidad* remite a las *combinatorias específicas de identificaciones parciales de cada yo*, se encuentra en estrecha relación con lo histórico. En cuanto a la *singularidad*, debido a lo amplio del tema,

sólo puedo remitir aquí a la noción de *acontecimiento* como evento que excede el universo de significación y que sólo puede aprehenderse retroactivamente; el síntoma es singularidad por antonomasia.

## Referencias

- Assoun, P-L. (2003). *El freudismo*. Distrito Federal, México: Siglo XX.
- Baz, M. & Zapata, Y. (2003). Duelos y Errancias: la grupalidad comprometida. *Tramas: subjetividad y procesos sociales*, (21), 35-55.
- Casanova, C. (2011). El tiempo de la discordia, la discordia del tiempo. Acontecimiento y política en Karl Marx. En M. Vatter & M. Ruíz (eds.), *Política y Acontecimiento* (pp. 149-167). Santiago, Chile: Fondo de Cultura Económica.
- De Vos, J. (2010). Christopher Lasch's The Culture of Narcissism: the failure of a critique of psychological politics. *Theory psychology* (20), pp. 528-548. <https://scispace.com/papers/christopher-lasch-s-the-culture-of-narcissism-the-failure-of-2t5a3rqfhq>
- Del Cueto, A. & Fernández, A. (1985). El dispositivo grupal. En E. Pavlovsky (coord.), *Lo grupal 2* (pp. 13-56). Buenos Aires: Búsqueda.
- Fanon, F. (1973). *Piel negra, máscaras blancas*. Buenos Aires: Abraxas.
- Fernández, A. (1989). *El campo grupal. Notas para una genealogía*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Fernández, A. (2007). *Las lógicas colectivas. Imaginarios, cuerpos y multiplicidades*. Buenos Aires: Biblos.
- Freud, S. (1895). Proyecto de psicología. En *Obras completas*, t. I. Buenos Aires: Amorrortu. 2021
- Freud, S. (1905). Tres ensayos de teoría sexual. En *Obras completas*, t. VII. Buenos Aires: Amorrortu. 2021
- Freud, S. (1910). Un recuerdo infantil de Leonardo da Vinci. En *Obras completas*, t. XI. Buenos Aires: Amorrortu. 2021
- Freud, S. (1911). Puntualizaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia (dementia paranoides) descrito autobiográficamente. En *Obras completas*, t. XII. Buenos Aires: Amorrortu. 2021
- Freud, S. (1914). Introducción del narcisismo. En *Obras Completas*, t. XIV. Buenos Aires: Amorrortu. 2021
- Freud, S. (1917). Duelo y melancolía. En *Obras completas*, t. XIV. Buenos Aires: Amorrortu. 2021
- Freud, S. (1918). El tabú de la virginidad. En *Obras completas*, t. XI. Buenos Aires: Amorrortu. 2021

- Freud, S. (1921). Psicología de las masas y análisis del yo. En *Obras Completas*, t. XVIII. Buenos Aires: Amorrortu. 2021
- Freud, S. (1923). El yo y el ello. En *Obras completas*, t. XIX. Buenos Aires: Amorrortu. 2021
- Freud, S. (1930). El malestar en la cultura. En *Obras Completas*, t. XXI. Buenos Aires: Amorrortu. 2021
- Hernández, R. (2023). Revisitando el debate sobre la cultura del narcisismo: ¿ocaso del sujeto en el capitalismo tardío? *Inflexiones* (11), 97-137.
- Jappe, A. (2019). *La sociedad autófaga. Capitalismo, desmesura y autodestrucción*. La Rioja, España: Pepitas de calabaza.
- Jappe, A. (2020). Fetichism and narcissism – the base of capitalism? *Estudios de Filosofía* (62), 165-173. <https://doi.org/10.17533/udea.ef.n62a09>
- Lasch, C. (1999). *La cultura del narcisismo*. Barcelona, España: Editorial Andrés Bello.
- Lowen, A. (2014). *El narcisismo. La enfermedad de nuestro tiempo*. Barcelona, España: Paidós.
- Marcuse, H. (1974). *Eros and civilization. A philosophical inquiry into Freud*. Boston, United States: Beacon Press.
- Vázquez, R. (2021). El hecho narcisista y el discurso crítico en la obra de Wilhem Vanhka. *Teoría y Crítica de la Psicología* (16). Consultado el 19 de septiembre de 2024 en <https://www.teocripsi.com/ojs/index.php/TCP/article/view/351/342>
- Vilar, E. (2019). *La entrevista grupal. Instrumento para la investigación/intervención en psicología social*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.
- Zizek, S. (2016). *Porque no saben lo que hacen. El síntoma ideológico*. Madrid, España: Akal.

---

Fecha de recepción: 8 de octubre 2024

Fecha de aceptación: 25 de noviembre de 2025